

EUROPA ARCHIV

Bonn

A. 22, núm. 1, 1967

GASTEYGER, CURT: *Probleme und Reformen des Warschauer Pakts.* (Problemas y reformas del Pacto de Varsovia), páginas 1-10.

Igual que en la Europa Occidental, se dieron en la Europa Oriental, entre 1955 y 1962, dos fases distintas de desarrollo: 1) la primera correspondió a la consolidación político-militar, y 2) la segunda, que empieza a perfilarse en 1957-58, a la intensificación de la cooperación económica. La creación del Pacto de Varsovia inicia la primera fase, siendo ideado como «medio de defensa» contra el rearme alemán y contra la formación de la Unión europeo-occidental. Argumentos parecidos se evocaron con la creación del C. O. M. E. C. O. N.

A lo largo de los últimos años se fue modificando la concepción soviética de la estrategia (a partir de 1960), pasando del terreno de armas convencionales al de cohetes atómicos y concediéndose a sus aliados más importancia en el sistema defensivo. La crisis de Cuba de 1962 probó que la supremacía soviética en cohetes no respondía a los hechos. Acto seguido estalla el conflicto con Pekín y los soviets empiezan a revisar sus concepciones estratégicas.

La facilitación de cohetes a sus aliados—contra los Estados Unidos y Europa occidental—planteó el problema de codecisión dentro del Pacto por ra-

zones políticas y militares. En lugar de la réplica masiva (Jruschov) aparecen últimamente en la estrategia soviética señales de establecer fases en cuanto al empleo de armas nucleares, ya que puede tratarse de un conflicto limitado o local... La U. R. S. S. creó un triángulo estratégico bajo su mando, aunque renunció a su anterior influencia en dichos países: Berlín-Este-Varsovia-Praga.

Según Breshnev, en septiembre de 1965, el Pacto de Varsovia necesita ser reorganizado creándose un mecanismo permanente para examinar problemas agudos. Rumania se opone a esta idea por violar los derechos de soberanía...

La U. R. S. S. está interesada en conservar la homogeneidad y coherencia político-ideológica de su bloque. Yugoslavia está fuera y existen problemas importantes con Rumania. Caso aparte: China. De ahí la necesidad de insistir en la unidad del bloque, ya que dispone de armas nucleares y tampoco pretende renunciar a su posición privilegiada. La conservación del Pacto tiene un significado político especial. Pero este hecho puede causar nuevos problemas para la política del Kremlin.

A. 22, núm. 2, 1967

SCHMÜCKLE, GERD: *Differenzen und Übereinstimmungen im Atlantischen Bündnis.* (Diferencias y conformidad de opiniones en la alianza atlántica), páginas 43-52.

El desarrollo de la alianza atlántica desde la decisión francesa de abando-

rar la N. A. T. O. demostró que las bases de la misma han experimentado cambios ya antes del paso dado por De Gaulle y que, por tanto, habría pasado, de todas formas, por un proceso de transformación y reorganización. Con o sin Francia, la alianza atlántica necesitaba de nuevas estructuras.

Esta es la realidad: la N. A. T. O. se encuentra en un período de reestructuración y transformación debido a las nuevas circunstancias y la República Federal se ve más afectada que otras potencias, por haber sido integradas sus tropas única y exclusivamente dentro de la N. A. T. O., así como por encontrarse la mayoría de las fuerzas aliadas en su territorio.

Existen al respecto concepciones francesa, británica y americana, así como las consecuencias que resultan para la República Federal de la nueva estructura. Es sabido que hay diferencias, pero también conformidad de opiniones. No hay que olvidar que en los puntos esenciales están de acuerdo los tres grandes de la alianza y hasta es posible decir que la unanimidad de puntos de vista, a pesar de ser motivados por una u otra razón, y no siempre persiguen los mismos fines, prevalece sobre las divergencias.

La conformidad se refiere, principalmente a: a) la valoración política de la situación; b) la fijación de los fines políticos; c) la importancia que se concede a los programas técnico-militares de investigación y de desarrollo como elementos del conjunto de factores políticos de una nación; d) la atribución de más importancia a la fuerza militar nacional, sin separarla de la alianza; e) la concesión a la política más influenciada respecto a acciones militares antes y después del estallido de la guerra; f) la tendencia de superar crisis de un momento u otro; g) la organización y la estructura de propias fuerzas armadas no son, necesariamente, el espejo de las fuerzas enemigas; h) la función de paz de las fuerzas armadas consiste en convencer al enemigo de quererse conservar la paz; i) la puesta de relieve de que las fuerzas armadas son un elemento al

servicio de la política exterior y no el dueño de la misma.

GUTTERIDGE, WILLIAM F.: *Die Ursprünge militärischer Staatsstreichs*. (Los orígenes de los golpes militares de Estado), páginas 63-72.

La intervención de los militares en los asuntos políticos es, prácticamente, habitual en todos los países. Los acontecimientos de 1966 en África contribuyeron a que se generalice tal opinión. En las regiones en que el ejército desempeñó un importante papel en la consecución de la independencia, en América latina, por ejemplo, las reivindicaciones de los militares de participar en la vida política, es parte integrante del sistema político. Sólo que en África, las respectivas fuerzas armadas no pueden evocar tal mérito.

Hay varios factores que permiten proceder a un análisis relativamente concienzudo de los golpes militares de Estado en el continente negro. En primer lugar se trata de factores técnicos y administrativos, económicos y políticos. Es importante poseer armas, pero el acceso a las vías de comunicaciones permite controlar amplias zonas del país. Normalmente, la población civil, tal como ocurre en todos los países en desarrollo, no sabe manejar medios técnicos y tienen que hacerlo, necesariamente, los militares. En el caso del Congo eran razones económicas y en el de Nigeria políticas. En general, en todos los casos fracasan los políticos, aunque la motivación de un golpe de Estado tenga o no carácter económico o puramente político.

Según se pudo comprobar, la fuerza no es decisiva, sino el espíritu de cuerpo de oficiales que tienden a la modernización de la vida. Viviendo apartados de los grandes centros de la población civil, el espíritu militar se forja en el sentido de ser una fuerza independiente—a favor de la patria—y desempeñaría entonces el papel de partidos políticos. Hasta se llegó a afirmar que el ejército es el forjador de la nación (en la India, por ejemplo). La corrupción en la administración civil

suele ser uno de los argumentos y justificantes de los golpes militares. Lo cierto es que el ejército posee no solamente instrumentos necesarios para comprometerse político-administrativamente, sino que goza también de una cierta popularidad.

Sólo que gobernar es una cosa (asunto de los políticos) y dirigir una administración estatal o económico-técnica, otra. Para este segundo caso poseen los militares africanos excelentes cualidades. En ello consistirían gérmenes de nuevos golpes de Estado.

A. 22, núm. 3, 1967

GREWE, WILHELM G.: *Über den Einfluss der Kernwaffen auf die Politik.* (En torno a la influencia de las armas nucleares sobre la política), páginas 77-94.

Uno de los factores más importantes en las relaciones internacionales es la aparición de armas nucleares. Hasta 1945, la guerra representaba un asunto de calculación racional entre Estados. Sin embargo, Hitler y los japoneses estaban a punto de conseguir sus fines bélicos precisamente a base de tal cálculo, perdiendo por unos 80-90 millones de personas tan sólo un millón de hombres. Casi lo consiguieron en la persecución del dominio en Europa y en Asia.

Desde 1945 estos cálculos van perdiendo su razón de ser, porque la aparición de armas nucleares ha causado un profundo impacto en el mundo de la política. A este respecto se conocen cuatro etapas en la evolución de la era atómica: 1. 1945-1950. Monopolio americano y fracasan los intentos de llegar a un control internacional de la energía atómica (Baruch-Plan). 2. 1950-1955. Termina el monopolio americano con los avances soviéticos y los comienzos de la investigación británica. Se pasa a la producción de armas atómicas «tácticas» (EE. UU., a partir de 1951). Desarrollo de la bomba H (EE. UU., pruebas de 1952 a 1954). Primera explosión soviética en agosto de 1953. Construcción de submarinos ató-

micos (Nautilus, en 1954. 3. 1955-1960. Los Estados Unidos y la Unión Soviética disponen de armas termonucleares operacionales. Como plataformas aparecen «Sputnik», en otoño de 1957, y «Explorer 1», en enero 1958. Francia y China empiezan a poner en marcha su propio programa atómico. 4. 1960-1965. Consolidación del «Club atómico» con cinco potencias; exclusión de nuevos miembros mediante el tratado moscovita de 5 de agosto de 1963. Política de no proliferación y renuncia a todos los proyectos de «nuclear sharing».

No cabe duda de que el uso de armas nucleares puede servir como un instrumento político. Ejemplo: Nagasaki e Hiroshima. Como tal es empleado el átomo en situaciones de conflicto, en forma de intimidación y hasta amenaza. Por si fuera poco, el puro hecho de poseer una potencia en armas nucleares y de tenerlas almacenadas o emplazadas en determinados puntos geográficos, ya es un factor perturbador para la actividad política de otros Estados..., pero también para los que las poseen. Los países no nucleares siempre se sentirán desprestigiados internacionalmente, acusando, además, sentimientos de inferioridad científico-técnica. Según parece, para Europa no queda otro remedio que crear una propia fuerza nuclear de intimidación estratégica.

BLUMENFELD, ERIK: *Wege zu einer europäischen Friedensordnung.* (Camino hacia un orden europeo de paz), páginas 95-104.

Un orden europeo de paz podría conseguirse en virtud de las siguientes tesis:

1. Este puede darse sólo dentro de un arreglo internacional que no se limite sólo al continente europeo, ya que cualquier intento de separar a la Europa Occidental de los Estados Unidos significaría un obstáculo para la formación de un sistema europeo.

2. Problemas especiales, como es, por ejemplo, el de Alemania, no pueden ser solucionados independientemente, sino tan sólo dentro de los pro-

blemas que atañen a la solución de los demás en Europa.

3. Por muy problemático que fuera un orden europeo de paz y no apareciera como realizable en un próximo futuro, hay que proseguir, no obstante, con toda clase de iniciativas en el sentido de fortalecer los contactos entre la Europa Occidental y Oriental, a menos que tales contactos pudieran ser utilizados como juego político en el cual se aprovecharía el Este a expensas de la unidad en el Oeste.

4. Puesto que la situación actual parece fundarse en un equilibrio bien determinado de fuerzas, se ofrece un punto de partida favorable a los esfuerzos por una distensión en las relaciones entre Este y Oeste, lo cual supondría una colaboración entre ambos bloques.

5. En interés de todos es importante que las potencias occidentales no emprendan pasos para servirse del actual desarrollo dentro del bloque comunista con el fin de imponer sus propios criterios políticos o estratégicos, ya que éstos podrían comprometer tal desarrollo.

6. La estructura de los sistemas de alianza en Este y Oeste ofrecen un campo de política de defensa en ambas partes en el sentido de facilitar, cada uno dentro de su propio marco, una contribución a la creación de un orden internacional. Sin ello se obstaculizarían los progresos conseguidos en el proceso de distensión.

7. Es de suma importancia que en un período de protagonizar las relaciones entre Este y Oeste quede intacta la unidad europeo-occidental. Además, ésta debería seguir fortaleciéndose con nuevas asociaciones de parte de los Estados que todavía no figuran como sus miembros.

en las relaciones germano-checoslovacas), páginas 115-124.

Una de las ideas fundamentales del nuevo Gobierno de Bonn es mejorar las relaciones entre Bonn y Praga. La razón consistiría en que los comunistas checos nunca simpatizaban demasiado con Ulbricht, a pesar de ciertas apariencias.

Uno de los motivos de esta situación en las relaciones germano-checas es el tratado de Munich de 1938, mediante el cual el Tercer Reich consiguió, jurídico-internacionalmente, la anexión de los Sudetes, de Bohemia y Moravia, con población alemana desde hacía ochocientos años. Hasta ahora todos los Gobiernos federales basaban su política frente a Praga confirmando la validez de dicho tratado y, en cambio, los checos insistían en su anulación. Por ello, las relaciones entre los dos países no han sido buenas durante estos últimos veinte años. La expulsión de esta población a raíz del último conflicto mundial por los hechos agravaría aún más la situación. Existen ciertas contradicciones en la postura de ambos bandos, tratándose, no obstante, de una cuestión vital para la existencia de Checoslovaquia, ya que tiene mucha importancia el papel que pueden desempeñar los eslovacos, los magiares y los polacos.

Son precisamente los eslovacos el segundo pueblo integrante de Checoslovaquia. Las relaciones entre checos y eslovacos nunca han sido amistosas por culpa de los primeros. Unas circunstancias internacionales que aparecieran a los eslovacos como favorables podrían ser aprovechadas para reclamar el derecho de independencia para Eslovaquia. Praga, por tanto, busca ciertas garantías exteriores, en primer lugar en la República Federal de Alemania.

El actual Gobierno de Bonn no ha definido todavía su postura respecto a las reivindicaciones checas. Lo cierto es que Praga pretende estructurar sus relaciones con Bonn independientemente de Pankov. El Gobierno federal dio suficientes pruebas (en diciembre de 1966) para que en Praga reflexio-

Año 22, núm. 4, 1967

SCHULZ, EBERHARD: *Prag und Bonn. Politische Belastungen im deutsch-tschechoslowakischen Verhältnis.* (Praga y Bonn. Residuos políticos

ren sobre la posibilidad de establecer relaciones normales entre ambos países. Depende ahora tan sólo del Gobierno checoslovaco si tales relaciones entren o no en vías de normalización. Porque Bonn renunciaría, incluso, a los territorios de los Sudetes, caso de cumplir los checos ciertas condiciones de existencia de buena vecindad.

RALFOUR, CAMPBELL: *Rhodesien - eine Herausforderung für Grossbritannien und die Vereinten Nationen.* (Rodesia, un desafío a Gran Bretaña y a las Naciones Unidas), páginas 135-144.

Gran Bretaña nunca había fijado reglas para garantizar la independencia a sus colonias. Según la costumbre, tal independencia podía plantearse en el momento en que algunos líderes políticos experimentados en asuntos de gobierno pudieran ir reemplazando a funcionarios británicos. Otro presupuesto era el tener una constitución que garantizaría a la mayoría de la población el derecho de voto.

En 1922 los electores, casi exclusivamente blancos, deciden permanecer como colonia británica antes de ser incorporados a la Unión sudafricana. Desde entonces Rodesia elige a su Gobierno y dispone de sus propias fuerzas armadas, aunque la constitución de 1923 no puede ser equiparada a independencia. El parlamento británico se reservaba para sí el derecho de impugnar leyes que perjudicarían a la población africano-negra.

El derecho electoral de 1961 prevé dos listas: A y B, la primera destinada a los blancos—unos 100.000 electores—y la segunda a los negros—también unos 100.000 electores—. Sólo que por la lista B se eligen 50 y por la B 15 diputados, siendo excluidos, por tanto, del derecho de votar aproximadamente 1,5 millones de negros. La constitución de 1961 no dispone de nada que pudiera dar a entender que el desarrollo caminaría hacia un sistema mayoritario. De esta manera se necesitarían unos veinte años para conseguir la constitución de un gobierno mayo-

ritario, ya que, por ejemplo, la enseñanza es obligatoria para blancos, pero no para negros. Además, los blancos ganan diez veces más que sus conciudadanos negros. Entra en juego la cuestión racial.

Ningún grupo minoritario está dispuesto a renunciar a su poder y a sus posiciones, trátese de Zanzíbar o de los franceses de Argelia. Y bien podría decirse que Rodesia representa para Harold Wilson una especie de Cuba.

Aparte de algunos aspectos sociales, destacan razones de orden político. Será esta la causa por la que las negociaciones llevadas a cabo entre Londres y Salisbury, desde 1965, no darán resultados positivos. Fracasaron, asimismo, sanciones impuestas y respaldadas por la O. N. U. a petición de Londres. La Africa del Sur, desde el punto de vista puramente oportunista, sigue prestando ayuda a Rodesia.

KRUSE, HANSHEINRICH: *Zwischen zwei Welthandelskonferenzen.* (Entre dos conferencias mundiales de comercio) páginas 145-152.

La Asamblea General de la O. N. U. aprobó, el 30 de diciembre de 1964, una resolución relativa al año 1965 (XIX) y con ella fue creada la conferencia mundial de comercio como órgano permanente de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Esta Conferencia (U. N. C. T. A. D.) debería convocarse dentro de cada tres años. La primera se celebró del 23 de marzo al 16 de junio de 1964 en Ginebra, y la segunda empezaría, como más tarde, a finales de 1967. Sin embargo, ha sido aplazada a principio del año 1968 (1 de febrero hasta 25 de marzo).

Dicha conferencia dispone de 55 miembros de la U. N. C. T. A. D.; los Estados en desarrollo tienen reservadas 31 plazas, los países industriales del Oeste, 18 (incluyendo a Grecia, Portugal, España y Turquía), 9 para los países latinoamericanos y 6 para el bloque comunista.

Las sesiones del Consejo de la U. N. C. T. A. D., la cuarta corresponde a la fecha de 30 de agosto a 25 de sep-

tiembre de 1965, en Ginebra, permiten localizar la situación actual y hay que decir que el balance no es satisfactorio. No solamente en cuanto a su actividad desarrollada hasta ahora, sino también en lo relativo a la situación de su propio desarrollo.

El principal fallo estriba en el hecho de que no lograra elaborar instrumentos o medios para fomentar el comercio internacional y su crecimiento. Por ejemplo, en el terreno de materias primas no se pudo concertar ningún convenio y lo mismo concierne al cacao, debido a que los países consumidores no muestran gran voluntad política para esta clase de cooperación.

El balance es insatisfactorio, sobre todo para los países en desarrollo. Las recomendaciones de la primera sesión se han realizado sólo parcialmente, sin tomarse medidas concretas. Sin embargo, al menos disponen de un *forum* en que puedan presentar sus quejas y reclamaciones.

¿Perspectivas? Desastrosas, ya sólo desde el punto de vista técnico. No pueden ser resueltos los problemas planteados por la sencilla razón de que el tiempo reservado para la segunda conferencia es demasiado corto. En ello subyace el peligro, especialmente para los países en vía de desarrollo de Africa, Asia y América latina.

Año 22, núm. 5, 1967

VERNANT, JACQUES: *Französische Perspektiven. Deutsch-französische Zusammenarbeit nach dem Regierungswechsel in Bonn.* (Perspectivas francesas. Colaboración germano-francesa después de la reorganización gubernamental en Bonn), páginas 157-165.

La actual política exterior del Gobierno de Kiesinger y Brandt (La «Gran Coalición») parece situarse en la línea entre París y Washington. No obstante, quedan terrenos para una colaboración franco-alemana y es preciso localizarlos. Este es el punto de vista francés.

Las posibilidades concretas de esta colaboración serían las siguientes: 1) La política hacia el Este europeo; 2) Distensión y el problema alemán; 3) La política europeísta en sus dos fases: en el desarrollo de las comunidades europeas y, sobre todo, desde el punto de vista de la posible adhesión de Gran Bretaña al Mercado Común; además, se trata de la colaboración franco-alemana en los terrenos de la técnica, ciencia e industria; 4) La postura de París y de Bonn, respectivamente, frente a Washington; hay una diferencia porque la situación germana es distinta de la francesa; 5) Perspectivas de una nueva política exterior de Bonn.

La formación de una Gran Coalición en Bonn ha contribuido a que en la República Federal se está llevando a cabo un proceso de reajuste que pone fin a ciertas situaciones de mito, abriendo nuevos caminos conforme a las realidades de la hora presente. La nueva orientación se ve poco influida por la doctrina político-exterior de Francia. Aparecen factores que no tienen nada que ver con Francia.

Esta nueva—y realista—postura de Bonn conduce a que se hagan más estables los lazos con París y asimismo a que se den pasos para un entendimiento con los pueblos vecinos de la Europa Oriental.

Puesto que la situación mundial experimentó durante los últimos años un proceso de transformación, la política europeísta de Bonn ha de ajustarse a las dimensiones del Viejo continente. Por cierto, en la República Federal pueden lograrse progresos en este sentido con más dificultad que en Francia, pero Francia, por su parte, dispone de instrumentos para indicar a Bonn el rumbo del futuro desarrollo. Con ello se serviría a la causa europea y a la del fortalecimiento de la paz.

SCHEÜNER, ULRICH: *Deutsche Aspekte. Deutsch-französische Zusammenarbeit nach dem Regierungswechsel in Bonn.* (Aspectos alemanes. Colaboración germano-francesa después de

la reorganización gubernamental en Bonn), páginas 165-168.

El resultado de las conversaciones de París, en enero de 1967 ha sido acogido con satisfacción en la República Federal. La declaración del Gobierno de Kiesinger dio a entender con toda claridad que de parte alemana se piensa conceder al vecino del Rin más importancia y que las relaciones con París tendrán reservado un lugar preferente en la política exterior de Bonn.

Ahora bien, otro aspecto consiste en la activación de las relaciones de la República Federal con el Este europeo sobre la base de distensión y colaboración. Ello, en virtud de la confianza que en la República tienen las potencias occidentales desde el punto de vista de su seguridad y del desarrollo económico. Esta transformación del modo de pensar de los alemanes se debe a los acontecimientos político-internacionales de los últimos quince años.

Se prevé el mejoramiento de las relaciones con todos los Estados del Este europeo, por tanto, también con la U. R. S. S. Para ello dispone la República Federal de más campo de acción, libertad e independencia.

Existen intereses comunes muy importantes para la colaboración con Francia y en primer lugar figura la continuación de la obra relacionada con la unidad europea. Otro factor es el intento, tanto de parte de Bonn como de París, de superar los efectos de la guerra fría en Europa. La línea política de Bonn podrá seguir, paralelamente, la trayectoria francesa, aunque sí hay que tener en cuenta que los puntos de partida alemán y francés no son idénticos. Cada uno de los dos países cuenta con problemas específicos.

La dificultad de mayor envergadura para Bonn se presenta en su política de reconciliación con sus países vecinos del bloque soviético, ya que éste rechaza la buena voluntad de los alemanes. Por tanto, la presencia norteamericana en Europa no puede ser sustituida por la soviética. Frente a la alianza atlántica, Bonn tendrá que seguir solidarizándose con sus fines de-

bido a los aspectos de su propia seguridad. El centro de las reflexiones se situará en la unidad europea. La renuncia a armas nucleares también jugará un papel importante.

SHULMAN, MARSHALL D.: *Die Weltlage in sowjetischer Sicht*. (La situación mundial vista por los Soviets), páginas 169-176.

La actitud norteamericana hacia la distensión internacional es interpretada en la Unión Soviética de antemano como engaño. No se concede crédito a las declaraciones del presidente, tampoco a las manifestaciones de otras personalidades americanas. Otra cuestión es la de Vietnam; figura, a veces, entre las principales preocupaciones del hombre soviético.

Vietnam constituiría tan sólo un campo de maniobras para la máquina bélica americana. El hombre del Este europeo considera las improvisaciones de Washington como instrumentos bien preparados para salvaguardar con armas los intereses americanos. Los discursos de Johnson son acogidos como pura fraseología, de carácter propagandístico, que no tienen nada que ver con los hechos ni desde el punto de vista de la política interior ni desde el de la política internacional.

La política exterior soviética se enfrenta con una serie de incógnitas y dudas. Una de ellas es la «revolución cultural» en China, con la cual se creó una situación completamente nueva en la escena internacional.

El aislamiento de los Estados Unidos, tomando como punto de arranque el conflicto de Vietnam, es el segundo factor importante que influye en la política exterior del Kremlin y de sus aliados. En Europa intentan hacer uso de los fines de la política perseguida por el general De Gaulle. Según los Soviets, los americanos, por no ser europeos, deberían retirarse cediendo paso a la U. R. S. S., por ser una potencia europea. De ahí que «los europeos han de arreglar por sí solos sus asuntos».

El problema central para los rusos parece ser el económico. Sí, reconocen

que el crecimiento económico sigue registrando progresos, pero no en la medida prevista. Las actuales reformas en este sentido tienen como fin la aceleración del proceso de desarrollo económico. Tarea difícil.

Dados ciertos prejuicios en la mentalidad soviética, la política del Kremlin tendrá que seguir adoptando líneas elásticas de maniobra frente a los Estados Unidos y otros países occidentales: línea dura frente a Washington y mejora de relaciones con otros. En caso de prevalecer el criterio económico, se mejorarían las relaciones con Estados Unidos en contra de Pekín.

S. G.

OESTERREICHISCHE
ZEITSCHRIFT FUER
AUSSENPOLITIK

Wien

Año 6, núm. 6, 1966

POLJANOW, NIKOLAI: *Europa, die Politik der Neutralität und Oesterreich.* (Europa, la política de la neutralidad y Austria), páginas 443-451.

Se trata del punto de vista soviético. El problema de la seguridad europea vuelve a actualizarse por el militarismo y nazismo de la República Federal, a pesar de que en 1945 fueron puestos los cimientos, en Postdam, de un nuevo orden en Europa. Entonces no hubo divergencias; sin embargo, los fines fijados no se han conseguido.

La base de los esfuerzos estriba en la declaración del Pacto de Varsovia hecha con motivo de una reunión en Bucarest en el verano de 1966. La Unión Soviética desea la paz en Europa y esta declaración ofrece un programa de muchas iniciativas.

Otro aspecto es el de la seguridad europea y la política de la neutralidad. Austria es un país neutral y su política ha sido puesta a prueba en varias ocasiones. No obstante, se dan

ciertos hechos que invitan a pensar. Por ejemplo, ¿por qué Austria mantiene buenas relaciones con Bonn, pero no con la República Democrática Alemana? La neutralidad austríaca, igual que la suiza, sueca o finlandesa, debería servir a la causa de la paz y de la seguridad en Europa. Mientras tanto, Austria no se limita tan sólo a mantener buenas relaciones con Alemania occidental, sino que a través de ésta sigue el camino de una posible asociación con la Comunidad Económica Europea. Al parecer, Viena busca una agrupación europeo-occidental sirviéndose del régimen de Bonn, el único en el continente que está en desacuerdo con las actuales fronteras.

Políticamente, nadie duda de que la conservación de la neutralidad austríaca es un factor positivo en la vida del pueblo del país, y también desde el punto de vista de la seguridad europea. Los países neutrales no pueden impedir un conflicto internacional, pero sí prevenir dando a disposición de los esfuerzos en favor de la paz sus servicios. Esta contribución ha de ser de carácter positivo y siempre activo. La neutralidad es una realidad de la política mundial, por ello le corresponde una función de enorme importancia. Austria bien podría constituirse en un puente de mediación entre diferentes corrientes que anhelan la paz y la seguridad.

S. G.

GERMAN FOREIGN POLICY

Berlín (Este)

Vol. 6, núm. 1, 1967

SIEGFRIED ZEIMER y ALBRECHT CHARISIUS: *Bundeswehr Crisis.* (La crisis de la Bundeswehr), páginas 56-64.

El crecimiento de la Bundeswehr (ejército de la Alemania Occidental) ha demostrado ser uno de los más provechosos negocios desde el momento mismo de su creación, en particular para los «trusts» del armamento de

los Estados Unidos. Los «trusts» norteamericanos y, actuando en su nombre, el secretario de Defensa, mister McNamara, forzaron al Gobierno de Erhard a respetar sus obligaciones sobre la compra de armas norteamericanas por valor de 5.500 millones de marcos entre junio de 1965 y junio de 1967. Según declaraciones de la Alemania Occidental, se trataba principalmente de abastecer a la «Luftwaffe» de helicópteros norteamericanos y proyectiles «Pershing». Habrá también nuevos sistemas de armas para la Fuerza Aérea y equipo para el Ejército, por ejemplo, el tanque de 1970, «M 113», carros acorazados y varios sistemas de artillería de los Estados Unidos.

Estos informes alarmaron a los «trusts» de armamento de la Alemania Occidental, particularmente las industrias de aviones y proyectiles alemanas. Los fabricantes de aviones de la Alemania Occidental habían, desde hacía tiempo, presionado al Gobierno para que les proporcionase encargos permanentes y estables (por ejemplo, Vereinigte Flugtechnische Werke GmbH, Brema, Ernst Heinkel Werke, Flugzeugbau GmbH, Boelkow Werke GmbH, Messerschmitt Werke AG en Augsburg y empresas subsidiarias, Speyer Hamburger Flugzeugbau, Flugzeug-Union-Sued, Junkers Werke und Motorenwerke AG, Munich, todas ellas formando una agrupación contratista desde 1965).

Franz Josef Strauss actuó como portavoz de estos grupos cuando los estimuló en su actitud contra la política de von Hassel (anterior ministro de Defensa) en un discurso pronunciado en el Club de Prensa Extranjera de Londres, el 17 de junio de 1966:

«Los gastos actuales de la República Federal de alrededor del 80 por 100 del presupuesto para las compras de material para defensa en los Estados Unidos, parecen ser una especie de automutilación europea.»

J. M.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Nueva York

Vol. 45, núm. 3, abril

MARSHALL D. SHULMAN: «Europe» Versus «Détente». («Europa» frente a la «détente»), páginas 389-402.

A ambos lados del Atlántico son grandes las diferencias en los cálculos sobre la amenaza militar soviética, pero parece justo decir que los cálculos actuales de la Europa occidental han ido disminuyendo en relación con los cálculos oficiales norteamericanos y que éste ha sido un factor principal en el debilitamiento de la Alianza Atlántica.

Las razones de una menor amenaza militar soviética tal y como se la percibe por algunos en los Estados Unidos y por muchos en Europa guarda mayor relación con la impresión sobre las intenciones que con los cálculos sobre la potencia militar soviética. Entre los factores que se citan generalmente figuran los siguientes:

1.º La fragmentación del bloque comunista es considerada por muchos como la eliminación o reducción de la eficacia de cualquier reto serio de las naciones comunistas. «El bloque comunista ya no es monolítico».

2.º Los cambios que se han venido produciendo en la Unión Soviética son considerados por muchos como la transformación del sistema soviético, hasta el punto de que su política exterior ha de ser esencialmente conservadora y no ideológica, más bien que dinámica y dislocadora.

3.º En años recientes, la política soviética ha tendido, con algunas excepciones, a hacer hincapié en las maneras indirectas y a largo plazo de fomentar los intereses soviéticos, más bien que los aspectos directos y militantes. Esto ha reducido la incidencia de las confrontaciones dramáticas.

4.º En meses recientes, la discusión sobre la creciente producción de proyectiles intercontinentales y el despliegue de proyectiles antiproyecti-

les en la Unión Soviética, ha dado lugar a que surjan cuestiones sobre la posibilidad de estar alcanzando el fin de una altiplánica estabilizada en la carrera de las armas nucleares. A pesar de todo, es general suposición que la dirección soviética ha aceptado, o habrá lógicamente de aceptar, un interés común o paralelo con los Estados Unidos en la restricción del nivel de armamentos, por lo menos a nivel estratégico.

En cuanto a la evaluación de la «coexistencia pacífica» en la política soviética, la paradoja más sorprendente es hasta qué punto la política occidental ha sido víctima de sus propios triunfos. La evolución de la política soviética hacia una manera más indirecta y a largo plazo de fomentar sus intereses es una respuesta lógica a los hechos de la vida que la Alianza Occidental ayudó a crear: la superioridad estratégica occidental, su alto ritmo de desarrollo y su firmeza en la resistencia de las presiones militares directas.

J. I. COFFEY: *The Anti-Ballistic Missile Debate* (El debate sobre el proyectil antibalístico), páginas 403-413.

Uno de los grandes problemas en el control de las armas es que los avances en la tecnología y su aplicación a los programas militares tienden a invalidar o dejar sin sentido incluso las propuestas de control de armamentos más sólidas. Dos veces en la última década ha sucedido esto: una cuando la difusión de la tecnología nuclear y la producción de armas nucleares en grandes cantidades hizo inútil toda esperanza de llegar a un desarme nuclear completo, y de nuevo, cuando el advenimiento de los proyectiles intercontinentales, obligó a pensar de nuevo todas las propuestas de limitación o supresión de las fuerzas de ataque estratégicas. Muy bien pudiera ser que estuviésemos a punto de presenciar un acontecimiento similar en cuanto a las actuales propuestas de control de los armamentos a causa

de la posibilidad de despliegue de defensas de proyectiles balísticos altamente eficaces.

En cosa de un año aproximadamente se han producido hechos que hacen dudar sobre la anterior tesis en torno a las pocas posibilidades de dar con proyectiles antibalísticos realmente eficaces. El primero fue el descubrimiento de que los interceptores a larga distancia podrían destruir las cargas explosivas por encima de la atmósfera antes de alcanzar altitudes, en las que los tipos existentes de ayuda para la penetración resultasen eficaces en la tarea de sembrar la confusión en los radares de las defensas contra los proyectiles.

El segundo ha sido la detonación por parte de China de una serie de ingenios nucleares, en algunos de los cuales se incluía, según la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, «material termonuclear». Aunque puede ser que, como ha dicho el secretario de Defensa, Mr. McNamara, el proyectil balístico operacional chino esté a siete u ocho años de distancia, la perspectiva de semejante fuerza ha dado lugar a que se produzca una preocupación que es de comprender.

En tercer lugar, está la aceleración aparente de la actividad soviética en materia de proyectiles antiproyectil. Aunque la U. R. S. S. ha trabajado durante años con los proyectiles antiproyectil, y tiene incluso películas de televisión de intercepciones con proyectiles, la evidencia sobre las instalaciones de esta clase ha sido a la vez escasa y contradictoria.

Los progresos tecnológicos en materia de defensas antibalísticos hace factible el despliegue de un sistema capaz de reducir grandemente el daño resultante de un ataque de una magnitud dada.

En vista de las pruebas que han hecho y de los alardes sobre la capacidad de sus proyectiles antiproyectil y su pensamiento en torno a la función de las defensas como una influencia estabilizadora, es completamente posible que los Soviets pudiesen extender a otras zonas las defensas an-

tiproyectil que ahora rodean Moscú, en el caso, es decir, de que ya no lo hayan hecho. En este caso, mucho dependerá de la reacción norteamericana.

Es significativo que Mr. McNamara, en respuesta a la supuesta aceleración soviética de su programa anti-proyectil, haya optado por mejorar las fuerzas de ataque estratégico norteamericanas, más bien que por ampliarlas.

HANS J. MORGENTHAU: *To Intervene or not to Intervene* (Intervenir o no intervenir), páginas 425-436.

La intervención es un instrumento de la política exterior tan antiguo y bien establecido, como la presión diplomática, las negociaciones y la guerra. Desde los días de la Grecia antigua hasta estos momentos, algunos Estados han considerado ventajosa la intervención en los asuntos de otros Estados en beneficio de sus propios intereses y en contra de la voluntad de los otros. Otros Estados, con sus propios intereses a la vista, se han opuesto a tales intervenciones y han intervenido en su propio interés.

Sólo desde la Revolución francesa de 1789 y el surgir del Estado-nación, se ha puesto en tela de juicio la legitimidad de la intervención. El artículo 119 de la Constitución francesa de 1793 declara que el pueblo francés «no interviene en los asuntos internos de otras naciones y no tolerará la interferencia de otras naciones en los suyos». Esta declaración fue el heraldo de un período de intervenciones por todas las partes interesadas en la más amplia escala posible.

Tanto los compromisos legales contra la intervención como la práctica de la intervención sirven los propósitos políticos de determinadas naciones.

De todos los cambios revolucionarios que han ocurrido en la política universal desde el fin de la segunda guerra mundial, ninguno ha ejercido mayor influencia sobre el desarrollo de la política exterior como el reconocimiento por parte de las dos superpotencias, armadas con un gran arsenal

de armas nucleares, de que una confrontación directa entre ellas llevaría implícitos riesgos inaceptables, pues podría conducir a su destrucción mutua. Ambas han reconocido que una guerra nuclear desarrollada entre ellas sería un absurdo y un suicidio. Así, han llegado a la decisión de que deben evitar una confrontación directa. Este es el significado real, político y militar de la consigna de la «coexistencia pacífica».

En vez de una confrontación directa y abierta entre sí, los Estados Unidos y la Unión Soviética han optado por la oposición y la competencia entre sí de manera subrepticia a través de la intervención de terceras partes. La debilidad interna de la mayoría de las nuevas naciones emergentes requiere el apoyo exterior y la situación revolucionaria, en muchas de ellas da a las grandes potencias la ocasión de hacerlo. Así, aparte la competencia por la influencia sobre el Gobierno determinado y a la manera tradicional, los Estados Unidos y la Unión Soviética han inyectado su poder en los conflictos internos de las naciones débiles, apoyando a los Gobiernos o a la oposición, según el caso.

EDUARDO FREI MONTALVA: *The Alliance that Lost Its Way* (La Alianza que perdió el camino), páginas 437-447.

Jacques Maritain sostiene que la historia se mueve simultáneamente en dos direcciones: mientras las energías de la sociedad se debilitan por la inacción y el paso del tiempo, las fuerzas creadoras de la libertad del espíritu tienden inevitablemente a revitalizar la calidad de esas energías.

La importancia histórica evidente de la Alianza para el Progreso, tanto como actividad y como un programa conceptual, le hace imposible escapar a la acción de este principio general. La Alianza para el Progreso está comprometida en el logro de una revolución que, como instrumento político, debería ser colocada al servicio de las ideas democráticas y de los intereses

de la mayoría, a fin de producir un sustancial cambio en las estructuras políticas, sociales y económicas de la región. Este cambio ha de ser rápido, y la responsabilidad de que se produzca no alcanza simplemente a un grupo de dirigentes o a una «élite» tecnócrata, sino a toda la sociedad. Los orígenes latinoamericanos de la Alianza para el Progreso estaban especialmente en evidencia en los partidos políticos no marxistas que no tenían lazos con las oligarquías nacionales y eran fuertemente opuestos a la tradicional derecha latinoamericana.

La revolución latinoamericana, como una fuerza de cambio rápido y sustancial, ha estado germinando a lo largo de la última década; es ahora un torrente permanente y dinámico que está debilitando las instituciones políticas y sociales del continente.

La meta inmediata de los que apoyan la Alianza no debería ser el alcance de una cooperación y solidaridad interamericana perfecta; su tarea es más bien acelerar la liberación de las fuerzas de la libertad, justicia y solidaridad entre los pueblos que ven entorpecido su avance por las limitaciones intelectuales de los que no están dispuestos a adaptarse a nada nuevo y por las limitaciones materiales que retardan el desarrollo. La responsabilidad por el éxito de la Alianza es de todo el hemisferio, porque, como dijo John F. Kennedy: «Los que hacen imposible la revolución pacífica, hacen inevitablemente la revolución violenta».

Muchos Gobiernos latinoamericanos han utilizado la Alianza como una palanca para la obtención de aumentos en la ayuda de los Estados Unidos, y precisamente con el propósito de evitar cambios en la situación interna. Estos Gobiernos se han comprometido en la tarea de la reforma interna que más tarde, o bien permitieron a sabiendas que se convirtiese en letra muerta o, peor todavía, dejaron que fuese controlada por completo o utilizada en beneficio de los que estaban en el Poder.

JACOB K. JAVITS: *Last Chance for a Common Market* (La última ocasión para un Mercado Común), páginas 449-462.

Es un hecho generalmente aceptado que el ritmo del desarrollo económico de la América Latina es peligrosamente bajo. Después de cinco años de la Alianza para el Progreso y seis años de dos experimentos en la integración económica, el continente aún tiene que hacer frente a serias deficiencias alimenticias, viviendas inadecuadas, insuficiente producción industrial y mercados limitados, tanto internos como externos. La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (A. L. A. L. C.) y el Mercado Común Centroamericano (M. C. C. A.) han sido organizados en 1960 como una aportación básica latinoamericana a la solución de estos problemas. Pero el progreso ha sido desalentadoramente lento, en particular en la A. L. A. L. C.

Varios factores importantes han contribuido al progreso limitado en la A. L. A. L. C. Para empezar, la reducción arancelaria es posible, pero partida por partida, más bien que automática y de carácter general. Como resultado de ello, ciertas partidas, incluidos los productos industriales, continúan protegidas detrás de altas barreras aduaneras en países como la Argentina, el Brasil y Chile. A duras penas es posible encontrar sujetos a reducciones arancelarias significativas a los productos industriales de importancia vital en la creación de un mercado regional. Las políticas económicas nacionales no son coordinadas en forma adecuadas. La organización está falta de un ejecutivo central que dé al Tratado de Montevideo mayor impulso y de un organismo político que le dé una dirección política clara y la capacidad de actuar.

El progreso hacia la eliminación de restricciones en el comercio regional dentro de la A. L. A. L. C., que ahora incluye a Méjico y toda Sudamérica, ha sido más lento que en el M. C. C. A. A pesar de todo, incluso con las limitaciones inherentes en una organización floja y voluntaria, las ex-

portaciones han pasado de 775 millones de dólares en 1962, a 1.400 millones en 1965; o sea, del 6 al 11,3 por 100 del comercio total de los países miembros. Casi 10.000 concesiones arancelarias han sido negociadas en cinco años.

Es de esperar que, conjuntamente con los esfuerzos por el establecimiento de un mercado común, los dirigentes de la América Latina se pongan de acuerdo sobre proyectos nacionales específicos para mejorar la infraestructura del hemisferio, pues proyectos tales en los campos de la energía eléctrica, el transporte y las comunicaciones, pueden ayudar a echar cimientos sólidos para una integración más amplia. Algún progreso ha sido ya hecho en este aspecto.

ELDON KENWORTH: *Argentina: The Politics of Late Industrialization* (Argentina: la política de una industrialización tardía), páginas 463-476.

Los libros sobre la América Latina, escritos hace diez años, llamaban la atención hacia dos desarrollos paralelos en la región. La mayoría de los países se estaban industrializando, y los partidos de base urbana estaban cimentando su ascendiente en la política nacional. Era natural llegar a la conclusión de que las dos tendencias estaban relacionadas: que las dislocaciones de la depresión y la guerra habían quebrantado al antiguo orden, dejando la política nacional de manera firme en manos de grupos identificados con la democracia y la industrialización a todo trapo.

La desilusión de hoy surge no tanto de una comparación con el rendimiento económico del día en comparación con el de hace veinte años como de la discrepancia entre el rendimiento de hoy y pasadas expectativas. Hoy, cuando los obstáculos al desarrollo económico parecen ser innumerables y esquivos, es fácil olvidar que hace diez años tendíamos a considerar que la «partida» seguiría automáticamente al cumplimiento de unas cuantas condiciones previas específicas, tales como

el alcance de un nivel amplio de inversión. La América Latina parece hoy adelantar mucho más en la creación de una demanda que en crear trabajo, viviendas y productos en masa. Si bien las economías de la región se mantienen por delante de la población, parecen perder en la carretera con las «expectaciones crecientes».

La discrepancia entre promesa y realidad en parte alguna está tan de manifiesto como en la Argentina, una nación con ventajas notables sobre sus vecinos en tierra, clima y recursos humanos. A lo largo de los últimos treinta años, el producto nacional *per capita* ha subido sólo un 45 por 100; o sea, un promedio anual de sólo el 1,5 por 100. Lo más desalentador es que en los trece años últimos la economía ha perdido terreno (en términos *per capita*).

No se dan las compensaciones políticas para esta desalentadora actividad económica. El general Onganía, que subió al poder en junio de 1966, es el undécimo jefe de Estado argentino en el último cuarto de siglo.

La explicación *standard* norteamericano para resultados tan desalentadores ha sido el peronismo. Un punto de vista típico (la cita corresponde a *The New Times*) sostiene que «durante por lo menos un siglo la Argentina ha sido el país avanzado y próspero de la América Latina. Perdió la dirección en la era de Perón y todavía anda a tientas y naufragando. La riqueza natural, talento y habilidad, siguen allí, pero desorientados a causa de la enfermedad política». Según este análisis, Perón desequilibró de tal modo la economía y amargó de tal manera la política, que esta riqueza, recursos, etc., nacionales continúan envueltos por la niebla diez años después de su caída. La explicación es típicamente norteamericana, al reflejar el determinismo económico que con tanta frecuencia aplicamos al Tercer Mundo.

GUY J. PAUKER: *Toward a New Order in Indonesia* (Hacia un orden nuevo en Indonesia), páginas 503-519.

Los factores más dinámicos en la política de Indonesia hoy son los frentes de acción de los estudiantes de universidad e instituto, K. A. M. I. y K. A. P. P. L. Muchos de sus miembros nacieron después del 17 de agosto de 1945, día de la proclamación de la Independencia. En contra de sus padres, inclinados todavía a culpar al «imperialismo» por la situación en que se encuentra su país, la nueva generación sostiene que el presidente Sukarno es personalmente responsable. Para ellos, el hombre que dirigió el movimiento nacionalista hace cuarenta años no es ni una figura paternalista ni un dirigente carismático, sino el creador de un Viejo Orden en bancarrota y deshonroso.

Durante años, casi todos los indonesios adultos y conscientes se han visto cogidos por la maraña de consignas y siglas tejida por Sukarno. Hasta sus enemigos políticos emplearon el lenguaje de la fantasía en sus críticas. El régimen de Sukarno expuso a todos los estudiantes a dosis masivas de adoctrinamiento, pero los estudiantes se atragantaron con lo que hacía las delicias de sus padres. La nueva generación tiene una actitud mental propia, hostil a la ideología y con un interés pragmático en los hechos, más bien que las palabras. Aborrecen la hipocresía, para la cual acuñaron la palabra *plin-plan* y rechazan la noción de que pasadas realizaciones pueden ser suficientes para asegurar la absolución para los pecados del presente.

Hace un año, K. A. M. I. y K. A. P. P. I. actuaron de agentes catalizantes que precipitaron las primeras medidas militares contra el antiguo orden.

Como sucede con otros países del Tercer Mundo, la necesidad más apremiante que tiene hoy Indonesia es la estabilidad política. Sin ella, ninguna de las otras tareas urgentes a que el nuevo Gobierno ha de hacer frente pueden ser realizadas con éxito.

La experiencia política de las dos

primeras décadas de la independencia no dejó más que recuerdos amargos. Las primeras elecciones, celebradas en septiembre de 1955, tuvieron unos resultados políticos desalentadores, aunque desde un punto de vista técnico fueron impresionantes: produjeron la representación perfecta de una sociedad profundamente dividida.

Con el general Suharto a cargo del gobierno y de las fuerzas armadas, el general Nasution asumió el papel de educador político de la nación.

WINTHROP W. ALDRICH: *The Suez Crisis* (La crisis de Suez), páginas 541-552.

Desde mi retirada como embajador de los Estados Unidos en Gran Bretaña, en febrero de 1957, tanto es lo que se ha escrito sobre los acontecimientos que condujeron a la incautación del Canal de Suez, que pudiera resultar oportuno una exposición clara y breve de lo sucedido, tal y como ha sido visto desde la embajada norteamericana en Londres.

La primer intrusión de la cuestión egipcia en las relaciones angloamericanas durante mi período como embajador en Londres ocurrió antes de que Anthony Eden fuese nombrado primer ministro. Ante los ataques continuados del nuevo régimen egipcio contra la presencia sostenida de tropas británicas en la gran base militar a orillas del Canal de Suez, el Gobierno británico formó la impresión de que la política norteamericana se inclinaba definitivamente hacia el lado egipcio, y la opinión inglesa recibió la impresión errónea de que ejercíamos presión para que Inglaterra retirase sus tropas de la base.

Una nueva impresión de que los Estados Unidos no se mostraban amistosos, surgió de la incompreensión entre Eden, que acababa de ser nombrado primer ministro, y John Foster Dulles, secretario de Estado, en relación con las propuestas de financiación conjunta de la Gran Presa de Asuan. Se fue desarrollando la oposición al plan

en el Congreso, y, finalmente, Dulles canceló la participación norteamericana. Lo hizo sin informar a la embajada norteamericana en Londres. Esto no era desacostumbrado, pues jamás se pidió mi opinión sobre cuestiones de política, salvo cuando Dulles estaba en Londres o cuando acompañaba yo a Eden a Washington.

El 26 de julio de 1955, salí de Londres para Nueva York, por aire, para pasar allí unas cortas vacaciones. Una hora después, el Gobierno inglés recibió noticias de que la policía egipcia se había incautado de las oficinas centrales de la Compañía del Canal de Suez, en cumplimiento del decreto de racionalización. Por no saber que había partido, el primer ministro (Eden) me invitó inmediatamente a asistir a un consejo de ministros que era convocado en aquel mismo instante. Asistió Mr. Andrew Foster, consejero de la embajada, como encargado de negocios. El asombro del Gobierno inglés fue muy grande, por no haber recibido advertencia alguna de sus servicios de Información sobre una incautación inminente.

Al llegar a los Estados Unidos, salí inmediatamente para Washington, para entrevistarme con Mr. Dulles, que acababa de regresar de una visita al Perú. Prevalecía un estado de agitación. Recibía informes sobre el proyecto británico de recurrir a la fuerza. Tomé parte en las discusiones, pero no me quedé con la impresión de que tenía mucho peso lo que yo decía.

J. M.

REVUE DE DEFENSE NATIONALE

París

Año 23, abril de 1967

AMIRAL CASTEX: *Moscú, rempart de l'Occident?* (Moscú, ¿defensa del Occidente?), páginas 585-589.

En 1955, «Revue de Défense Nationale» publicó este artículo, cuya úl-

tima parte se vuelve a publicar por ser una previsión casi profética de la actual coyuntura internacional.

En su artículo, decía el almirante Castex, que la creciente proyección política de China suscita inquietud en los dirigentes de la U. R. S. S., país vecino inmediato de China, con la que tiene 6.000 kilómetros de fronteras. De ahí el riesgo de que China, actualmente aliada a la U. R. S. S., se convierta mañana en su rival al Este.

Las posibles dificultades entre Moscú y Pekín no cabe que se resuelvan con un «titismo», que es la fórmula de evasión de un pequeño satélite deseoso de zafarse de la influencia de un astro central. En este caso, el momentáneo satélite—China—está en camino de convertirse política, demográfica y militarmente en astro aún mayor que el anterior, capaz de dominar a Asia y de preocupar a Europa. Ya se deja oír el *slogan* de «Asia para los asiáticos», que apunta a un dominio que vaya desde Indochina a Manchuria y desde Turkeistán al Pacífico. Ante esta ambición, los rusos reaccionan como hombres blancos, y es posible que se percaten de que sus intereses los aproximan al Occidente.

De momento, la U. R. S. S. se esfuerza por frenar el nacionalismo chino, al tiempo que reduce discretamente la ayuda material aportada para organizar la potencia militar de Mao. Además, adopta otras medidas: al parecer, las 4/5 partes de sus fuerzas terrestres están en Siberia.

Este inesperado giro de los acontecimientos sugiere diversas reflexiones. Explica en parte por qué, con una clara superioridad militar, la U. R. S. S. no ha emprendido acción alguna contra la Europa occidental. Hay que recordar que Gengis Khan sólo arremetió contra el Oeste, cuando hubo asegurado su retaguardia en el Este, venciendo a China. Es una antecedente de peso y una explicación de la actitud soviética. Hay otra: ante las incertidumbres asiáticas, la U. R. S. S. ha optado por mantenerse a la defensiva en el Oeste, donde nadie la amenaza.

Otro aspecto de la cuestión. Las amenazas asiáticas, ¿provocarán un acercamiento de la U. R. S. S. a Occidente? La U. R. S. S. pensó utilizar a Asia como trampolín contra Europa; pero, por la fuerza de los hechos, ¿no se convertirá la U. R. S. S. en vanguardia del mundo blanco? Este sería el camino para que la U. R. S. S. se reintegrara a Europa. Así, tras la fase alemana, se pasaría directamente a la fase amarilla, saltándose la fase rusa. De seguir este curso los acontecimientos, se producirían cambios profundos en las respectivas políticas y la rivalidad Estados Unidos-U. R. S. S., guerra fría, telón de acero, etc., resultarían anacrónicos.

Finalmente, el desarrollo del comunismo en China se presentó como un incremento del bloque enemigo. Ahora, el factor chino es susceptible de provocar la reconciliación de la U. R. S. S. con Occidente.

De confirmarse estos puntos de vista personales, o sea, si la U. R. S. S. vuelve a desempeñar su papel de defensa de Occidente, Europa habría de esforzarse en no crearle complicaciones al Oeste para dejarla en condiciones de afrontar el peligro asiático.

Asimismo, Europa ha de evitar toda torpeza tendente a fortalecer la cohesión del bloque ruso-chino y singularmente no entrometerse en los asuntos asiáticos: relaciones correctas y nada más, y, sobre todo, conseguir que Washington comprenda esto. En cuanto a Occidente en general, aun manteniendo su sistema defensivo, debe dejar que la fruta madure.

C. M. E.

JEAN TEILLAC: *Mythes et réalités de l'économie du Maroc* (Mitos y realidades de la economía de Marruecos), páginas 590-604.

El factor esencial de la economía de Marruecos es demográfico, o sea, es representado por un crecimiento de la población del 3,2 por 100 anual, el mayor de todo el Norte de Africa.

Otro aspecto es la dicotomía, que divide la economía en dos campos: el

tradicional y el moderno. El primero comprende el 70 por 100 de la población y proporciona el 30 por 100 del producto interior bruto. La agricultura tradicional ocupa las 9/10 partes de la población marroquí agraria y proporciona las 3/4 partes de la producción agrícola. Pero la miniaturización de las explotaciones, las técnicas arcaicas, el peso de las contribuciones y los factores meteorológicos fomentan la emigración hacia las ciudades, ello en que se reduzca el paro rural.

En el sector moderno, el desarrollo es considerable comparado con el de otros países subdesarrollados. Se le debe el 70 por 100 del producto interior bruto y el empleo del 30 por 100 de la población activa. Pero la producción está supeditada al exterior para su salida.

Pese a su dicotomía, Marruecos tiene recursos diversificados, siendo su principal baza la explotación de los fosfatos (el 6 por 100 bruto proviene de la actividad minera). Las exportaciones agrícolas suscitan el problema de las relaciones con el Mercado Común, dificultadas por las reticencias de Italia.

La política económica de Marruecos se caracteriza por el pragmatismo. El ambicioso plan de 1961 no logró sus objetivos (singularmente, incremento de la producción industrial, el 60 por 100; sólo fué el 29 por 100). El plan trienal 1965-1967, más modesto, sólo tiene carácter indicativo y es en primer término un programa de obras públicas. Es económico y no social. En cambio, el presupuesto anual es más social que económico. El segundo plan ya no le concede la prioridad a la industria, siendo los sectores prioritarios, la agricultura, la formación profesional y el turismo.

El ejemplo de Marruecos muestra cuán falaz es la teoría, válida para los estados de Europa, singularmente los del Norte, según la cual, doblado el cabo decisivo de la industrialización, se inicia un proceso irreversible de pleno desarrollo económico. En efecto, la multiplicación de las industrias en Marruecos no ha provocado el despegue económico, cuyo inventor, W. W.

Rostow, estimó que se daba tanto en los países del Tercer Mundo como en los países ya industrializados. Pero en un ámbito subdesarrollado, la evolución económica es irregular y fácilmente perturbada por una serie de factores cuales, en el caso de países descolonizados, el éxodo de las minorías extranjeras que altera el mercado de bienes industrializados, desorganiza los equipos de las empresas y contrae el ahorro. Para Marruecos, hay que agregar la reducción de los mercados exteriores, debido a las barreras aduaneras y a la industrialización de los demás países. Lejos de ser una panacea, la industria está expuesta a estos baches.

Cabe preguntarse si los teóricos no tienden a minimizar excesivamente el papel de la agricultura en la economía, así como el del sector tradicional, de forma que los créditos, apoyos y ventajas dados al sector moderno, ahondan el abismo que separa al mundo agrícola del mundo industrial. En Marruecos y en el Tercer Mundo, lo biológico y lo sociológico dominan la técnica y la economía que se inspiran en los hechos de los ricos países del Norte.

C. M. E.

THE WORLD TODAY

Londres

Vol. 23, núm. 4, abril 1967

THE EARL OF CROMER: *Sterling and the Common Market*. (La libra y el Mercado Común), págs. 131-146.

De tiempo en tiempo surge la cuestión de si, en el caso de ser el Reino Unido miembro de la Comunidad Económica Europea, los miembros restantes habrían de tener periódicamente que prestar amplio apoyo a la libra a causa del uso internacional que de ella se hace y de la existencia del área de la libra. La respuesta es que las

crisis de la libra que se han producido en años recientes se deben en su origen a la dirección de la economía británica y en particular al aumento en las disponibilidades de dinero junto con la carga financiera de las obligaciones de la política exterior británica. El uso de la libra como divisa comercial o de reserva no ha sido en sí causa de debilidad, pero ha sido el medio a través del cual se ha manifestado la falta de confianza. Si Inglaterra fuese miembro de la C. E. E. habría un intercambio íntimo y continuado entre ella y la Comisión de la C. E. E. en relación con su actividad económica y la posición de pagos internacionales. Es razonable suponer que el interés continuado por parte de la Comisión de la C. E. E. conduciría a la adopción de medidas eficaces antes de que las presiones empezasen a dejarse sentir, evitándose así los extremos que han sido característicos de un pasado reciente.

En el mundo bancario a veces se plantea la cuestión sobre la posibilidad de que Londres fuese un centro financiero de la C. E. E. tan preponderante, de llegar a ser uno de sus miembros, y el efecto adverso que esto tendría en las instituciones financieras de la Europa continental. Al abolirse el control de cambios en el capital corriente y la cuenta de capitales, como habría de suceder, la ciudad de Londres habría de encontrarse en condiciones mucho mejores para llenar su papel tradicional como centro financiero internacional y podría hacer una aportación importante al mecanismo financiero de la Comunidad y poner a disposición de sus miembros las facilidades de que goza Londres a escala mundial.

Una pregunta que se hace con frecuencia es si en la práctica el Reino Unido podría permitir la liberación total en el movimiento de capitales. La respuesta es que, si bien harían falta ciertas medidas provisionales para llegar a ello, el Reino Unido no podría tolerar que no se llegase a esa liberalización. Necesita la inversión de capital extranjero y este capital ex-

tranjero requiere los servicios de los cambios extranjeros. El cambio exterior con este propósito tenderá principalmente a depender de las ganancias del capital de inversión británico en otros países; de aquí que sea esencial un movimiento de capital en dos direcciones para el equilibrio de los costos del servicio del cambio exterior.

E. A. ALPORT: *The integration of oriental Jews into Israel*. (La integración de judíos orientales en Israel), págs. 153-159.

Israel—o Palestina, para llamarla por su nombre romano—es geográficamente un país oriental: pertenece al Mediterráneo oriental, su clima y vegetación son de las zonas semiáridas o áridas y ha sido habitada y dominada durante la mayor parte de su historia por una sucesión de pueblos asiáticos cuyos esquemas culturales han sido similares o idénticos a los de los países vecinos. Durante los siglos del dominio romano y, más tarde, de las Cruzadas, el carácter oriental de Palestina apenas cambió. Culturalmente, sin embargo, el nuevo Estado de Israel es una nación occidental. El pensamiento y la acción de los sionistas, basados en las enseñanzas del nacionalismo europeo del siglo XIX, resultaron en el desarrollo de instituciones que echaron los cimientos para una cultura nueva, esencialmente europea, en Palestina y alteraron el papel de los colonizadores judíos desde una minoría étnica y religiosa al de una nación en potencia.

Las migraciones impusieron y aceleraron la tendencia a la occidentalización de Palestina y la desplazaron de su ambiente oriental. En 1931, de una población total en el mandato de Palestina de 1.023.200, 848.600 eran musulmanes, cristianos o drusos, es decir, esencialmente de lengua arábiga, y sólo 174.600, un 20 por 100 aproximadamente, eran judíos, en su mayoría procedentes de Europa. En 1947 la población total había aumentado en 870.000 individuos, 410.000 judíos y 460.000 árabes, lo que indica que el

elemento oriental árabe era todavía más del doble que el judío. Pero el elemento occidental o sionista era culturalmente mucho más dinámico. Sus miembros habían desarrollado una organización para la colonización de la tierra, los sindicatos, partidos políticos y educación bajo el Gobierno mandatario en preparación del futuro Estado nacional judío, en el cual se tenían concentradas todas las aspiraciones; y cuando las posiciones se cambiaron en 1948, y una población judía de 756.000, en la que se incluían no más de 70.000 judíos orientales, tenía la contrapartida de sólo 156.000 árabes y otros; las instituciones del nuevo Estado eran occidentales.

La expresión «judíos orientales» incluye a los judíos de varias partes del antiguo Imperio otomano, el norte de África, el Sahara y Etiopía, Irán, Bokhara, Afganistán y la India y partes más al Este aún.

La masa principal de judíos orientales que entraron en el país después de la creación del Estado de Israel no ha tenido participación en la edificación de su estructura, que fue la obra y lleva el sello de los modernos europeos y norteamericanos.

JOHN GITTINGS: *The cultural revolution and the Chinese army: a study in escalation*. (La revolución cultural y el Ejército chino: estudio en la escalada), págs. 166-176.

Desde sus comienzos modestos e inobservados en noviembre de 1965, la Revolución Cultural China ha ido escalando una serie de peldaños, cada uno de tan posible predicción, visto retrospectivamente, como inesperado en el momento de producirse. Los partidarios de Mao sostienen ahora que toda la secuencia de los acontecimientos había sido prevista y preparada desde el principio por el propio «gran timonel» en persona. Para los observadores del exterior, el curso seguido pudiera parecerse más bien al de una tragedia griega, inevitable quizá, pero fuera del alcance del control humano. La cuestión fundamental corresponde

a la variedad del «¿resbaló o lo empujaron?» y es todavía muy pronto para que nadie desde el exterior pueda llegar aún a una respuesta definitiva.

El primer acto del drama de la revolución cultural terminó en junio de 1966, cuando se alcanzó el objetivo final de los ataques de meses anteriores contra los intelectuales revisionistas. Entre bastidores siguió habiendo, sin embargo, mucho debate y toma de posiciones. La cuestión clave era sencilla: ¿debería continuar la revolución cultural y, en ese caso, qué dirección habría de tomar? Mao y sus partidarios estimularon el movimiento para la ampliación hasta el nivel universitario, escolar e industrial, donde los grupos revolucionarios empezaron a desafiar a las autoridades por medio de carteles murales.

Mientras tanto, seguía adelante una complicada maniobra entre varias facciones en la dirección del partido, que culminó eventualmente en la undécima sesión del Comité Central en la segunda semana de agosto. Según una versión, Liu Shao-chi confiaba organizar una mayoría anti Mao en esta reunión y sólo la vacilación del secretario del partido, Teng Hsiao-ping, le impidió hacerlo. Las órdenes de Lin Piao a varias unidades del Ejército de Liberación Popular se hicieron necesarias para asegurar el poder en la capital y evitar el triunfo de las fuerzas de Liu. Los carteles de los «guardias rojos», que repetían las órdenes y declaraciones de Lin Piao, sostenían también que se había frustrado un golpe contrarrevolucionario en esta ocasión.

Cualquiera que fuese la verdad sobre estas historias, el Comité Central inició con esta reunión una fase nueva en la que Lin Piao emergió como la mano derecha de Mao—su «íntimo camarada de armas»—y Liu y Teng empezaron a ser blanco de los ataques. La «Decisión concerniente a la Gran Revolución Cultural Proletaria» del Comité Central, de 16 puntos, dada el 8 de agosto, pedía, en efecto, que el movimiento entrase en una «nueva etapa» cuyo objetivo sería «la lucha contra y para echar abajo a esas per-

sonas con autoridad que habían tomado el camino capitalista». Con todo, la decisión fue en muchos aspectos un compromiso y siguió limitando el alcance de la Revolución Cultural.

Vol. 23, núm. 5, mayo, 1967

HENRY COLLINS: *Malta's Economy*. (La economía de Malta), págs. 179-184.

«Malta—dice W. F. Monk en «Britain in the Western Mediterranean»—no puede vivir de sí misma de la misma manera que no puede hacerlo Gibraltar. Una población de 315.000 habitantes que sube a razón de 8.000 al año, no importa lo bien que cultive sus 7.000 acres (un acre es igual a poco más de 40 áreas) de jardines entre rocas, cuán provechosamente disponga de sus encajes, su cerveza y sus cebollas y explote al turista, por mucha que sea la lealtad de sus hijos emigrantes en América, Australia o Cirenaica para acelerar el envío de dinero, no pueden en modo alguno ganar por esos medios lo suficiente para sostenerse a los niveles de la beneficencia del siglo xx. Malta ha de encontrar la salvación como base naval y aérea de alguna gran potencia no mediterránea.»

En 1953, cuando se hizo esta afirmación, era la expresión de un punto de vista compartido por la gran mayoría de los malteses. Seis años después ya se estaba buscando la manera de hacer viable su economía asentada sobre una base civil o buscando tal vez convertir en riada la pequeña corriente emigratoria. Esta segunda alternativa llevaría implícita la transformación del archipiélago en una nación de ancianos pensionistas, mujeres solteras, sacerdotes y cabras. Fue, con razón, rechazada. Pero es dudoso que Gobierno alguno de Malta haya hecho frente, desde 1959, a las consecuencias del cambio. El índice de los jornales reales para los empleados industriales del Gobierno, que se encontraba en 100 en 1946, subió al punto más alto de 140 en 1960. En 1965 estaba en 193. El paro, de 3.800 en 1960, había su-

bido a 7.900 para diciembre de 1965. Este paro se produjo en un tiempo en el que la emigración pasaba de 3.100 en 1961 a 7.600 en 1965, con un total de 28.300 emigrantes en un período de cinco años.

Los problemas del reajuste económico, que serían difíciles en el mejor de los casos, se han visto inmensamente agravados por los cambios recientes en la política británica defensiva. Pero los esfuerzos de Malta desde la independencia han sido esfuerzos a medias nada más. Algunos economistas insisten que los malteses no pueden sostener, por no decir nada de mejorar, las normas de vida una vez que haya concluido el papel altamente artificial que juega Malta en la defensa británica en el Mediterráneo. Uno de los argumentos sostiene que una población de sólo 320.000 consumidores es muy poco para soportar un proceso de industrialización. Otro, que el país cuenta con muy pocos recursos indígenas para hacer factible el desarrollo económico.

El problema central de Malta es su balanza comercial que se parece, a primera vista, a una pesadilla. Las importaciones, en 1965, subieron a 35.100.000 libras esterlinas, mientras que las exportaciones sólo llegaron a 8.700.000 libras. A pesar de esto, la balanza de pagos se cerró con un leve superávit.

ALEXANDER CRAIG: *Argentina: the latest revolution.* (Argentina: la revolución más reciente), págs. 206-215.

La gran devaluación del peso argentino del 13 de marzo fue la tercera desde el golpe militar contra el presidente Illia y la novena desde que el Gobierno radical de Illia impuso el control de cambios, en 1964. Sin embargo, esta devaluación fue tan grande—30 por 100—que no se parecía, evidentemente, a las anteriores. Fue un aspecto del «vasto plan de reformas económicas» prometidas poco después de la revolución del 28 de junio del año pasado.

Los factores económicos han sido parte nada más de las razones para

abatir la Constitución. Es verdad que la incapacidad del Gobierno radical para atacar la inflación con eficacia exacerbó las relaciones entre el trabajo y las autoridades. El descontento clamoroso de los sindicatos, junto con la aparente negativa de los radicales a racionalizar las condiciones en los ferrocarriles, puertos y la industria del azúcar, tres de los problemas básicos de la Argentina, sirvieron para intensificar el deseo y la decisión de las fuerzas armadas y sus partidarios de hacerse cargo de la dirección del país para dirigirlo como es debido. Con todo, la causa fundamental de la revolución ha sido el temor al continuado resurgimiento del peronismo, el único valor constante que se ha mantenido en evidencia en la política argentina de los últimos doce años, desde que el dictador fue depuesto y exiliado.

Las fuerzas armadas asumieron el poder en un ambiente de considerable apoyo popular. La oposición a su acción anticonstitucional faltaba por completo y no hubo el menor acto de violencia en todo lo largo y ancho del país.

En el curso de los primeros meses, el nuevo Gobierno, formado casi en su totalidad por «tecnócratas» que no habían estado «contaminados» por ninguna actividad política previa, carente de las ventajas de una ideología común e incluso de un consenso de la opinión sobre lo que se debería hacer, fue traicionado por la heterogeneidad misma de sus orígenes. Los militares y sus partidarios actuaron más bien para llenar un vacío que en oposición directa a una ideología particular o esquemas de acción y estaban faltos, por lo tanto, de lazos de unión reales y hasta de un plan de acción preestablecido.

Hasta que Onganía se hizo cargo del poder, el argentino más importante era, incuestionablemente, el ex dictador residente en Madrid. Al principio Perón no se mostró abiertamente opuesto a la revolución y, como siempre, su actitud precisa y sus instrucciones se han guardado en el misterio.

El Gobierno revolucionario, en su

mayor parte y deliberadamente civil, malgastó sin sentido los seis primeros meses vitales que siguieron a la revolución y la paciencia de los militares, sus guardianes, se fue debilitando.

J. M.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Londres

Vol. 43, núm. 2, abril, 1967

J. E. S. FAWCETT: *Gibraltar: the Legal Issues*. (Gibraltar: los aspectos legales), págs. 251.

La actual disputa sobre Gibraltar ha ido subiendo desde hace más de una década. Entró en una fase aguda en el otoño de 1964, cuando, después de la introducción de una nueva Constitución en Gibraltar, España empezó a poner en vigor nuevas restricciones fronterizas.

Corriendo el riesgo de una gran simplificación, la medula de la disputa puede decirse que es: España pide que Gibraltar le sea cedido, si bien está dispuesta a la aceptación de una base militar británica allí y a conceder un régimen legal especial a sus habitantes, ambas cosas en términos a negociar con el Reino Unido. El Reino Unido no está dispuesto a acceder a la demanda de cesión sin, por lo menos, el libre consentimiento de los habitantes de Gibraltar.

Los aspectos legales de la disputa giran en torno a tres problemas principales: el título territorial, la cuestión de la frontera y la descolonización.

Cualesquiera que sean las conclusiones a que se llegue partiendo del artículo X (del Tratado de Utrecht) y posteriores acontecimientos, el tema principal de acusaciones y negativas hasta el presente es la forma del contrabando entre Gibraltar y España.

«No se puede negar que el contrabando de Gibraltar a España ha existido, como en todas las fronteras in-

ternacionales, durante muchos años»; y el hecho es que ciertas mercancías, en particular el tabaco, importadas en el puerto franco de Gibraltar libres de derechos o gozando de aranceles preferenciales, tienden naturalmente a hacer que el contrabando resulte provechoso. Pero lo que es motivo de disputa es la escala en que se realiza.

España invoca la práctica del contrabando con dos propósitos: políticamente, para sostener que Gibraltar es «una economía sostenida en parte por medios antinaturales e ilegales...»; el hecho es que el contrabando ha sido la salida lógica del carácter antinatural de la congregación humana que reside en Gibraltar; y legalmente, para justificar las restricciones fronterizas impuestas desde octubre de 1964, como «medidas que representan meramente eso a lo que cualquier país tiene derecho para evitar el contrabando» y que caen dentro de las restricciones permitidas por el artículo X.

El Reino Unido ha replicado que el contrabando ha sido controlado y reducido del lado gibraltareño en la medida de lo posible, pero que como mucho del mismo ha estado en manos de ciudadanos españoles, no puede ser eliminado sin la colaboración española, que no se ha producido. No puede haber duda sobre el contrabando como un daño en derecho internacional y que un Estado ha de mostrarse diligente para evitar que su territorio sea usado con ese propósito, y tomar medidas para castigar a los ofensores. Pero el Reino Unido sostiene también que la escala del contrabando ha sido exagerada, y que, por ejemplo, las grandes importaciones de tabaco se explican por el hecho de un gran comercio legítimo de «entrepot».

SAUL ROSE: *Asian Nationalism - The Second Stage*. (Nacionalismo asiático, la segunda fase), págs. 282-291.

Una de las características del Asia contemporánea de los últimos diez años es, para mí, el paso de la primera a la segunda fase nacionalista. En la primera, el nacionalista era sencillo

¿directo, con un objetivo central, la independencia, al que cualquiera podría aspirar. Si la primera fase se pudiera resumir en la aspiración por la independencia, la segunda se caracterizaría por la lucha por la supervivencia. Los nuevos Estados tienen que contender con fuerzas desquiciadoras, de dentro y de fuera. Para establecerse como Estados independientes tienen que resolver los problemas de sus relaciones con sus vecinos. El mayor de los problemas está representado por el mayor de los vecinos: China. El resto de Asia vive «bajo la sombra del dragón». Pero esto no es nada nuevo. Asia había vivido así durante siglos. Aunque esto es uno de los hechos de la vida, antes China no era comunista. Esta es una característica nueva. Los acontecimientos recientes, en particular en cuestiones de potencia, no alteran radicalmente la situación con la cual los pueblos de Asia han estado una y otra vez familiarizados a lo largo de los tiempos: el problema de vivir con China en una fase expansionista.

La cuestión está en si China pasa actualmente por una fase así. Ahora, como antes, la cuestión tiene dos aspectos, uno abierto y el otro encubierto.

La probabilidad de que China engulliese a toda o una parte de Asia no es la preocupación principal. De hecho, parece haber una mayor inquietud por los chinos que por China. Los chinos del exterior están ampliamente considerados como el enemigo que se ha metido dentro de casa. Esto no es un problema nuevo: el peligro de la «subversión desde fuera» asume un aspecto familiar en la región y no es algo producido por la suposición reciente del comunismo chino como en posesión de un mandato llegado del cielo. A la vista de muchos, los chinos del exterior pueden ser comunistas o no, pero siguen siendo chinos.

Se proclama en Washington que el papel de las fuerzas de los Estados Unidos es exclusivamente la defensa de la democracia o, en menor grado, la independencia de los países en los cuales están estacionadas. Esto puede ser verdad, pero con acompañamientos en

los que pudiera no haberse pensado. Hay un impacto cultural y social que se puede ver en los salones de masaje de Bangkok y en los cabarets de Manila. Hay efectos económicos que no son, por lo general, beneficiosos para las normas de vida en general y hay consecuencias políticas de la predilección norteamericana por los anticomunistas declarados que inhiben y contorsionan el desarrollo político. Fue necesario el «asado budista» para efectuar la retirada del apoyo norteamericano al presidente Diem: pero sólo para trasladarlo al mariscal Ky.

J. M.

RELAZIONI INTERNAZIONALI

Milán

Vol. XXXI, núm. 9, 4 de marzo de 1967

B. B. P.: *L'India dopo le elezioni* (I). *La fine del partito unico*. (La India después de las elecciones. El fin del partido único), págs. 217 y 218.

Después de las elecciones del mes de febrero, toda la vida política de la India ha experimentado un cambio total. por haberse hundido el régimen de monopartido y haber comenzado una fase de pluralismo político en el sentido más completo de este término. Como en las sucesivas elecciones de 1952, 1957 y 1962, el partido del Congreso había ido obteniendo siempre el 70 por 100 de los puestos y casi el 50 por 100 de los votos, no se podía hablar de un juego normal de competencia entre los partidos de carácter nacional, aunque hubiese una veintena de partidos regionales. Pero en las últimas elecciones de febrero del corriente 1967, ha bajado desde los 362 escaños de la Cámara baja (en el parlamento anterior) a sólo 277 en un total de 503 diputados elegidos. Por otra parte, en el plano regional el gubernamental partido del Congreso gobernaba 15 de los 16 Estados federales, pero ahora

ha perdido la mayoría absoluta en ocho de ellos. A la vez se han quedado sin actas cinco de los más destacados ministros del Gobierno de Indira Gandhi.

Los liberales del partido Swatandra han quedado convertidos en la mayor fuerza de oposición, no sólo porque disponen de 47 puestos en el parlamento central, sino porque han formado el Gobierno regional del Estado de Orissa, y porque se trata de un núcleo político de fuerza constantemente creciente, reclutado en los ambientes industriales y comerciales. El partido Jan Sangh, con 35 miembros en la Cámara Baja, se compone de los comunales brahmanistas o hinduistas más intransigentes. Los comunistas, subdivididos en dos grupos, suman 40 puestos en el parlamento y gobiernan el Estado de Kerala. Los socialistas tienen 21 puestos, pero no pueden aumentar, apretados entre el Congreso y los comunistas. Y en el Sur, el partido comunal racial de los drávidas ha enviado 25 diputados a Nueva Delhi, pero sólo recluta sus adeptos en la región de Madrás, donde han tomado en sus manos el gobierno regional.

Este es, en sus líneas generales, el cuadro de actuación política interna de la India hoy, en el cual el partido del Congreso pasa del papel hegemónico al de una especie de árbitro poderoso, pues aunque ya no puede determinar toda la evolución del país, sigue siendo el más fuerte y numeroso de los partidos y puede seguir gobernando sólo sin recurrir (por ahora) a coaliciones. Aunque queda el complejo problema del contrapeso que establecen los Gobiernos locales.

E. B. P.: *L'India dopo elezioni* (II). *Per il Congresso non tutto é buio*. (Para el Congreso no es todo sombrío), páginas 261 y 262.

Hace tres años, analizando la situación del país después de la muerte de Nehru, se creía que señalaría el derumbamiento del poder central respecto a la periferia. Al examinar ahora

el cuadro parlamentario desde las elecciones de 1967 se tiene la sensación de que aquellos pronósticos pesimistas tienen una impresionante confirmación. El Congreso ha perdido en muchas zonas, pero lo que importa es examinar el nuevo equilibrio político indio en su organización geográfica. En casi todos los Estados se ha formado al menos un grupo político de dimensiones mayores o equivalentes a las locales del Congreso. La pérdida de la mayoría absoluta en ocho de los dieciséis Estados no ha sido uniforme.

Por ejemplo, el movimiento de Madrás, «Dravida Munnetra Kazhagam», ha tenido el éxito más vistoso, pero se trata de un partido local que no existe en ninguna otra parte. Los comunistas han triunfado en Kerala y en Bengala, pero en los dos puntos extremos de la península y sin enlace directo (además de recoger los votos de todos los anticongresistas sueltos). Los liberales también han triunfado en extremos como Guyerat y Orissa; los socialistas en los separados Bihar y Mysore, y en cuanto a los fanáticos del hinduista «Jan Sangh» su área de difusión se refiere precisamente a zonas de lengua hindú.

En cuanto a los motivos generales del retroceso del Congreso, no se deben a una repulsa de sus reformas sociales, o de su política internacional, tanto como por el desgaste del poder sin control, por cansancio de sus cuadros y porque su política interna, a fuerza de ser panindia, ha disgustado a los regionalistas y los comunales. Podría, sin embargo, instalarse entre el centro y la periferia una dialéctica tan equilibrada como, por ejemplo, la de Estados Unidos. De todos modos, los Estados que han pasado a ser regidos por partidos hostiles al Congreso son a su vez competidores entre sí, lo cual deja a Nueva Delhi cartas importantes. Por ejemplo, el de que las actividades parlamentarias regionales se ejerzan por medio de coaliciones, en las cuales las gentes del Congreso pueden representar el factor más fijo y estable.

Vol. XXXI, núm. 12, 25 marzo 1967

L. G.: *Brasile sulla via dello Svitup-po*. I. (El Brasil sobre la vía del desarrollo), págs. 285 y 286.

La toma de posesión del nuevo presidente brasileño, Arturo da Costa e Silva, efectuada solemnemente en Brasilia el 15 de marzo y al mismo tiempo la entrada en vigor de la nueva Constitución, fueron acogidas por la Prensa internacional con unos comentarios divergentes, en los cuales tan pronto se hablaba del advenimiento de una nueva Era como del «reforzamiento de un régimen reaccionario» o de un «gradual retorno a la normalidad». En realidad todo esto demuestra la dificultad de seguir el curso tortuoso de la política brasileña. Sobre esa dificultad pesan los múltiples aspectos de un país que presenta los contrastes más estridentes. El Sur, industrializado con la capital en Sao Paulo, que es una de las ciudades más dinámicas del mundo; el Nordeste, desoladamente pobre y subdesarrollado, donde está situado el tristemente célebre «triángulo del hambre»; las inmensas riquezas potenciales y la persistente crisis económica, una sociedad abierta desde el punto de vista racial, pero una de las más rígidas desde el punto de vista de la división en clases.

La realidad multiforme brasileña está en extremo en movimiento. No hay duda de que ahora el Brasil está entrando en una fase decisiva de su evolución política y social, aunque el camino sea confuso. Hasta ahora, el elemento coagulante que ha hecho de este enorme país, de casi ocho millones y medio de kilómetros, ha sido la cultura portuguesa. Después de su independencia en 1822, la evolución de su sociedad siguió esquemas diferentes al resto de América meridional, pues no tuvo sacudidas sangrientas y la república de 1889 llegó sin fuertes sacudidas. Hasta la primera guerra mundial, la sociedad brasileña presentaba un aspecto semifeudal. La clase media era casi inexistente, sólo con pequeños núcleos, como el de Río de Janeiro, donde constituía el núcleo mo-

desto de la administración estatal. El ejército no tenía influencia, y la clase dirigente se componía de los propietarios de las grandes haciendas rurales.

Aquella sociedad inerte fue sacudida desde 1920 por el fenómeno de la explosión demográfica y la población comenzó a crecer con ritmo mayor del 3 por 100, que es uno de los más altos del mundo. Los 17.318.000 habitantes de 1900 eran 30.635.000 en 1920, pasando a 41.565.000 en 1940 y a 85.283.000 a fines de 1966. Al crecimiento no sólo contribuyó la entrada de más de cuatro millones de inmigrantes extranjero, sino la afluencia sobre las zonas urbanas e industriales litorales de los pobladores del Norte amazónico. Esto ha hecho nacer la acumulada sociedad interracial brasileña al mismo tiempo que se ha formado una burguesía dinámica. La primera manifestación del impulso creciente de esta nueva burguesía fue en 1930 la «marcha sobre Río de Janeiro» que hizo apoderarse del poder a Getulio Vargas y conservarlo hasta que se mató el 24 de agosto de 1954. Vargas subió al poder por el apoyo de los militares, pero su régimen no fue autoritario ni dictatorial, sino partidario de unas «medidas» evolucionistas por las cuales procuró acoplar el proletariado urbano dentro de la vida nacional.

La fuerza que desde 1930 comenzó a utilizarse fue la del nacionalismo. Desde Vargas terminó la era del «mozambismo» (o espejismo de Europa) y la sociedad brasileña en vías de desarrollo comenzó a mirar hacia ella misma para buscar la independencia económica y las grandes planificaciones. Después de morir Vargas cesó el empeño de la industrialización. Su fallo consistió en no haber sabido o podido dar un impulso único a las nuevas fuerzas de la clase media y haber dejado a sus sucesores el problema de superar una inflación que es la angustia del Brasil actual.

L. G.: *Brasile sulla via dello Sviluppo*, II, págs. 285 y 286.

La época posterior a Vargas llevaba en sí aquellas contradicciones que Vargas no había podido eliminar. Vastos sectores de la sociedad campesina vivían aún como en los tiempos post-coloniales del «coronelismo» patriarcal, mientras que el proletariado urbano no constituía una clase obrera en el verdadero sentido de la palabra, la burguesía estaba dividida e indecisa, la oligarquía era cada vez más dura en la defensa de sus privilegios. Al problema social se añadía el geográfico, pues la inmensidad del país impedía utilizar sus riquezas y articular el mercado industrial. Era necesaria una doble integración nacional, tanto en sentido horizontal como vertical, para que la crisis de crecimiento no se convirtiese en crónica. Fue la obra de Juscelino Kubitschek, el hombre que ocupó la presidencia de la República desde octubre de 1955 hasta abril de 1960. Su administración fue caracterizada por un impulso de dinamismo con el lema «desarrollo a toda costa», y del cual fue la mayor realización la creación de Brasilia, la nueva capital.

Sin embargo, Kubitschek cayó porque el esfuerzo había sido excesivo y conducido a una inflación monetaria acelerada. Después fueron sucediéndose en la cabecera del Estado Joao Goulart (hasta abril de 1964), que quiso realizar una reforma agraria y otra electoral, y el mariscal Humberto Castelo Branco (hasta octubre de 1966), que estableció unos poderes presidenciales autoritarios cada vez más rígidos. Goulart había querido conciliar lo inconciliable entre las viejas fuerzas y las nuevas. Castelo Branco consiguió poderes extraordinarios para el presidente de la República. Su sucesor, el mariscal Arthur da Costa e Silva (desde el 3 de octubre de 1966) ha emprendido una vía media a la vez audaz y prudente, que se parece al expansionismo de Kubitschek, pero de una manera más gradual y cuidadosa.

Parece que el Brasil vuelve a encontrarse a sí mismo para realizar em-

presas tan necesarias como la de integrar a las masas de los «caboclos» o ciudadanos desheredados del Nordeste, que son uno de los máximos terrenos posibles para una completa coordinación nacional de progresismo espiritual y material.

R. G. B.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Moscú

Núm. 2, febrero 1967

B. TEPLINSKY: *The Air War Over Indochina*. (La guerra aérea en Indochina), págs. 40-47.

Los estadistas norteamericanos todavía afirman repetidamente sus deseos de paz, aunque en realidad están haciendo todo lo posible por extender la agresión contra el pueblo de Vietnam, en particular con la pirata guerra aérea de Indochina.

Las hostilidades en Indochina son llevadas a cabo por los Estados Unidos sin la declaración de guerra, porque los dirigentes norteamericanos creen que esto les permite hacer amplio uso de bases militares en varios países sin que éstos tengan que declarar la guerra, que llevaría implícitas serias consecuencias. Países geográficamente próximos a Indochina se ven más y más complicados en la guerra agresiva contra los pueblos del Vietnam, Laos y Camboya.

Para la propagación de agentes químicos venenosos, el Pentágono emplea aviones especiales de la Escuadrilla Comando 12 (Defoliación). Además de la defoliación, este comando se dedica a la destrucción de las cosechas. Para septiembre de 1966 estaban contaminadas más de 200.000 hectáreas de tierras, para lo que se habían empleado más de cinco millones de litros de herbicidas. Los herbicidas empleados por los norteamericanos, por ejemplo el cianuro de calcio, son altamente tóxicos. No sólo quitan las hojas a los

árboles, sino que son capaces de matar a hombres y animales. Aunque el Pentágono trata de negar el efecto letal de estas sustancias, el hecho siguiente prueba lo contrario: en el verano de 1966 la guerra de gases norteamericana mató a 80 miembros de los servicios norteamericanos en el Vietnam y dejó fuera de combate a 124 más.

Los ataques aéreos norteamericanos contra el Vietnam del Sur están ligados de manera íntima a las operaciones en tierra, mientras que las incursiones piratas contra la República Democrática del Vietnam son operaciones aéreas independientes proyectadas con anticipación. La creciente intensidad de estas incursiones y su carácter revelan que su objetivo es forzar a la República a rendirse a las condiciones norteamericanas.

R. LEONIDOV: *Aggressive U. S. Policy in Latin America*. (Agresiva política de los Estados Unidos en la América Latina), págs. 55-59.

La política de los Estados Unidos hacia la América Latina se encuentra ahora con grandes dificultades. Refleja la contradicción irreconciliable entre los intereses de los monopolios de los Estados Unidos y las aspiraciones de las naciones de la América Latina, las crecientes y agudas contradicciones entre los planes imperialistas de los Estados Unidos y las necesidades de los países en desarrollo de la América Latina.

Este continente ocupa un lugar especial en la lucha de los pueblos contra el imperialismo. Hasta hace poco era un «backyard»—huerto trasero—, hoy la situación acusa el intenso, a veces explosivo, desarrollo de conflictos sociales, cambios más profundos cada día en la conciencia de las masas trabajadoras.

La victoria de la revolución cubana y el comienzo en Cuba de la construcción socialista registran una etapa nueva en el movimiento de liberación nacional en los países latinoamericanos. Esto recalca especialmente el hecho de que los pueblos de la América

Latina han tenido que luchar no sólo con sus propios reaccionarios nacionales, sino también contra los Estados Unidos, la primer potencia imperialista, que reclama para sí intereses «especiales», económicos, políticos y militares estratégicos en la América Latina y considera esta región con un área de privilegiada influencia.

El publicista brasileño Maia Neto describe la situación presente en el hemisferio occidental como sigue:

«El Brasil, como toda la América Latina, está en estado de guerra. Es una guerra caliente, real, trágica y salvaje... La batalla contra la pobreza, la lucha contra el imperialismo y por una reforma de un sistema anticuado se lleva muchas vidas.»

Los monopolios de los Estados Unidos controlan el 25 por 100 de la producción industrial de la América Latina, incluidas las empresas que producen el 50 por 100 de las exportaciones latinoamericanas. Los Estados Unidos se llevan casi el 50 por 100 del comercio exterior de la América Latina. Entre 1945 y 1961, las ganancias totales obtenidas por los Estados Unidos en la explotación de sus vecinos en la América Latina han subido a 40.000 millones de dólares.

Núm. 3, marzo 1967

N. KAPCHENKO: *Whence the C. P. C. Leadership's Political Line?* (¿A dónde va la dirección política del Partido Comunista chino?), páginas 12-20.

Los acontecimientos de China resumen la crisis profunda de la línea política de la actual dirección del Partido Comunista chino. La crisis ha hecho presa en todas las principales tendencias de la política interior y exterior que lleva el P. C. C. bajo Mao Tse-tung.

Desde hace años ya, el movimiento comunista está empeñado en una lucha sobre los principios que salvaguardan la pureza del marxismo-leninismo y para evitar que las decisiones ideológicas y la línea política de Mao Tse-

tung sustituyan la ideología y la política del socialismo.

Para comprender y apreciar correctamente la política de los dirigentes chinos, es importante sacar a la luz las raíces político-ideológicas que determinan la emergencia y desarrollo de la actitud especial asumida por los dirigentes del P. C. C.

Elementos de la pequeña burguesía ejercen una presión especialmente fuerte en el Partido Comunista en un país en el que el campesinado y otras fuerzas pequeñoburguesas constituyen una mayoría abrumadora de la población, mientras que la clase trabajadora es numéricamente pequeña y carece de la necesaria experiencia revolucionaria.

La política de agresión y opresión nacional de que el pueblo chino fue víctima durante largo tiempo ayudó en el desarrollo no sólo de sentimientos antiimperialistas, sino nacionalistas también. Li Ta-chao, miembro fundador del Partido Comunista chino, al recalcar la importancia de la educación de las masas, de la gente toda en el espíritu del internacionalismo, escribió en los años 20: «Los campesinos no saben lo que es el imperialismo, pero conocen a los extranjeros que lo personifican. Nuestra tarea es explicarles la naturaleza del imperialismo, que oprime a China y explota a los campesinos chinos y dirigir su ira contra ellos. Esto hará posible vencer gradualmente la estrecha conciencia nacionalista de los campesinos y ayudarlos a comprender que el mundo del trabajador revolucionario y las masas campesinas son amigos.»

Es incuestionable la existencia del culto a Mao Tse-tung en China. Desde hace años, ya la propaganda china ha ido creando y diseminando el culto a la personalidad de Mao Tse-tung, de quien se dice que es infalible y está dotado de sabiduría divina.

I. KAMYNYN: *Inter-American Force - A Weapon of Neo-Colonialism*. (La fuerza interamericana, un arma del neocolonialismo), págs. 27-33.

La nueva política norteamericana sobre la organización de una fuerza

armada permanente interamericana nació a fines de 1963, cuando Lyndon B. Johnson llegó a la presidencia y Thomas Mann fue nombrado director general de Asuntos Interamericanos. Sin dejar de seguir oficialmente la política seguida por el anterior presidente Kennedy, orientada, sólo de manera táctica, ciertamente, hacia los regímenes de «democracia representativa», la «doctrina» proclamada por Mann se resumió en la práctica del apoyo a los regímenes dictatoriales reaccionarios establecidos por los golpes militares.

Un año y medio después la doctrina de Mann contó con el suplemento de la doctrina de Johnson, aún más clara. El 2 de mayo de 1965 el presidente de los Estados Unidos declaró abiertamente que «las naciones americanas no pueden, no deben tolerar y no tolerarán el establecimiento de otro gobierno comunista en el hemisferio occidental».

La Casa Blanca, al justificar la intervención en la República Dominicana, reclama el «derecho» a emplear la fuerza para evitar el establecimiento en cualquier país latinoamericano de un sistema sociopolítico que no es del agrado de Washington. Reclama este «derecho» no sólo en su nombre, sino en el de todos los países latinoamericanos.

Hubo un tiempo en el que el imperialismo norteamericano no necesitaba de una fuerza armada interamericana como la enviada a la República Dominicana para intimidar con impunidad, con la desconsideración total para la opinión pública, a los países al sur de Río Grande. Pero los tiempos han cambiado y hoy insiste en que todos los miembros de la Organización de Estados Americanos compartan el «peso de luchar contra los incendios», como se califica la tarea de la supresión de las fuerzas patrióticas de la América Latina.

La idea es camuflar, por supuesto, la intervención armada de los Estados Unidos. Una admisión valiosa sobre esto fue hecha en «U. S. News & World Report», de Washington, por el general de división Max S. Johns-

ton, retirado y ex jefe de planes del Estado Mayor Conjunto. Esto es lo que escribió sobre la sustancia de la Fuerza Interamericana permanente: «Cualquier mando interamericano establecido para evitar la propagación del comunismo en este hemisferio tendría casi con toda seguridad que ser dirigido por un oficial norteamericano de alto rango, con quizá el 98 por 100 de los medios militares, asimismo, proporcionados por los Estados Unidos.»

F. KRYUKOV: *The Soviet Union and Britain*. (La Unión Soviética e Inglaterra), págs. 40-43.

La visita del jefe del Gobierno soviético, A. N. Kosygin, a Inglaterra fue un acontecimiento de gran importancia, no sólo en el desarrollo de las relaciones entre los dos Estados, sino también para las relaciones internacionales como un todo. Los acontecimientos de los últimos meses indican que están en desarrollo los contactos bilaterales entre países europeos y que es creciente la confianza y cooperación entre ellos. Pero no es ningún secreto que en ciertos círculos de los Estados Unidos y también de la Alemania Occidental se ha intentado ignorar la existencia de la Gran Bretaña como una potencia influyente. Han sido publicadas algunas «obras científicas» para demostrar que la hora de Inglaterra ha pasado. Hay rumores, insinuaciones muy concretas, de que a menos que Inglaterra marche pisando las huellas de Washington y Bonn, que se calcan para que les sirvan a otros asociados en la O. T. A. N., corre el riesgo de echar a perder sus relaciones con los aliados más fuertes de un bloque agresivo. Ni es tampoco secreto alguno que ciertos círculos en Inglaterra se inclinan, por otra parte, a prestar oído atento a esta clase de argumentos y, además, a quitar importancia a las peligrosas tendencias neofascistas y las crecientes fuerzas militaristas de la Alemania Occidental.

En realidad, la voz de Inglaterra será de importancia considerable para

otros países que desean la paz y la seguridad internacional. La historia de Inglaterra registra no sólo las equivocaciones políticas, que su pueblo deplora, sino muchas instancias también de perspicacia política. Por eso las naciones esperan que Inglaterra exponga sus propios puntos de vista sobre los asuntos europeos y no europeos, tal y como están formados por sus intereses nacionales y los intereses de la paz universal.

Inglaterra tiene un papel importante que jugar en la economía y la política del mundo. La comprensión mutua y las buenas relaciones con la Unión Soviética podrían realzar este papel y tener efectos favorables en la situación de Europa y el mundo.

J. M.

POLITICA INTERNACIONAL

Belgrado

Año 18, núm. 408, abril 5, 1967

DR. STANE JUZNIC: *El sistema interamericano: salida de la inercia y la crisis*, págs. 15-17.

Se comprende que el sistema interamericano se halle en crisis y que cada vez se separe más en dos campos, cuyos intereses están lejos de coincidir. Por una parte, los Estados Unidos se esfuerzan por dar un nuevo estímulo a todo el sistema, cuidando al mismo tiempo de preservar los elementos básicos de su hegemonía; por otra, entre los mismos países latinoamericanos surgen diferencias, se profundizan los desacuerdos y, lo que para el sistema de colaboración regional es quizá potencialmente más peligroso, disminuyen las condiciones objetivas para una colaboración más estrecha. Latinoamérica se divide cada vez más en orientaciones y agrupaciones políticas diametralmente opuestas, que en esencia paralizan la solidaridad en las cuestiones fatalmente relacionadas a

su independización y a su capacidad para superar las actuales dificultades en el desarrollo económico.

El apoyo que los Estados Unidos, cada vez más difícilmente, pero sin demasiadas reservas, ofrecen a los gobiernos autoritarios y a los regímenes militares, ha tenido efectos de largo alcance en el sistema de la colaboración interamericana. Al multiplicarse tales gobiernos y, sobre todo, al instaurarse en los más grandes e importantes países de América del Sur, los Estados Unidos han logrado ciertas ventajas. Que han sido contrarrestadas no sólo por la desaprobación de la opinión pública progresista de Latinoamérica, sino también por el temor de

aquellos gobiernos que llegaron constitucionalmente y que del mismo modo quieren mantenerse.

Lo que es paradójico y en gran medida anuncia perspectivas pesimistas respecto a la situación momentánea en Latinoamérica en cuanto a los caminos de su independización en las relaciones internacionales y en lo que atañe al mejoramiento de su posición en la economía internacional, es el hecho de que las concesiones que los Estados Unidos están dispuestos a otorgar quizá ahora parcialmente no son resultado de una iniciativa latinoamericana común y coordinada.

J. M.

